



JUVENTUDES EN FRONTERAS

Identidades, cultura
y violencia

Salvador Cruz Sierra
Alfredo Nateras Domínguez
(coordinadores)

Juventudes en fronteras
Identidades, cultura y violencia

Juventudes en fronteras

Identidades, cultura y violencia

Salvador Cruz Sierra
Alfredo Nateras Domínguez
(coordinadores)



El Colegio
de la Frontera
Norte

Juventudes en fronteras : identidades, cultura y violencia / Salvador Cruz Sierra, Alfredo Nateras Domínguez, coordinadores. - Tijuana : El Colegio de la Frontera Norte, 2019.
352 pp. ; 21.5 cm

ISBN: 978-607-479-338-3

1. Juventud - Aspectos sociales - América Latina. 2. Juventud y violencia - América Latina. I. Cruz Sierra, Salvador. II. Nateras Domínguez, Alfredo.

HQ 792.2 .V56 J8 2019

Esta publicación fue sometida a un proceso de dictaminación doble ciego por pares académicos externos a El Colef, de acuerdo con las normas editoriales vigentes en esta institución.

Primera edición, noviembre de 2019

D. R. © 2019 El Colegio de la Frontera Norte, A. C.
Carretera escénica Tijuana-Ensenada km 18.5
San Antonio del Mar, 22560
Tijuana, Baja California, México
www.colef.mx

ISBN: 978-607-479-338-3

Coordinación editorial: Érika Moreno Páez
Corrección y formación: Irene Sanz Cerezo
Última lectura: Diana Melissa Valdez Palacios
Diseño de cubierta: Irene Sanz Cerezo

Imagen de cubierta: Alex Proimos from Sydney, Australia - Chill, CC BY 2.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=25650473>

Impreso en México/Printed in Mexico

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

- Coordenadas y geografías de las violencias sociales 9
Alfredo Nateras Domínguez y Salvador Cruz Sierra

ESTRUCTURA Y SINGULARIDAD DE LA VIOLENCIA JUVENICIDA

- Reflexiones teórico-metodológicas en los territorios
y en los bordes de los conflictos, las tensiones
y las violencias sociales 29

Alfredo Nateras Domínguez

- Juventudes: Fronteras, transitividades y femi-juenicidio 47

José Manuel Valenzuela Arce

- Los resortes subjetivos de la dominación
policial: El asesinato de jóvenes de sectores
populares de Córdoba, Argentina 63

Andrea Bonvillani

JUVENICIDIO EN AMÉRICA LATINA Y ESPAÑA

- Juventudes fronterizas, ¿juventudes sin fronteras?
Identidades juveniles en los bordes del Mediterráneo 95

Carles Feixa Pampols y José Sánchez García

Juventudes marginadas: Vivir en la frontera
de la identidad masculina 131
Laura Talina Hernández Baca

Ser joven en tiempos violentos: Los casos
de Matamoros y Ciudad Juárez 153
María Eugenia De la O Martínez

DE SEXUALIDADES Y CUERPOS

Sexualidad e identidad masculina en jóvenes cholos 195
Salvador Cruz Sierra

Del emocionar en jóvenes chilenas: Un habitar fronterizo 217
Genoveva Echeverría Gálvez y Sally Reiss

Repensar las masculinidades:
Experiencias radicales en la *cultura del fitness* 247
Matilde Margarita Domínguez Cornejo

DESDE LA PRODUCCIÓN Y LA ACCIÓN CULTURAL

Configuración y reconfiguración de subjetividades,
saberes, prácticas y territorios juveniles en Medellín 277
*Alexandra Agudelo López, Rodrigo Villada López
y Lina Marcela Patiño*

¿Por qué no hay maras en Nicaragua? 313
Carlos Mario Perea Restrepo

ACERCA DE LOS AUTORES 345



REFLEXIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS EN LOS TERRITORIOS Y EN LOS BORDES DE LOS CONFLICTOS, LAS TENSIONES Y LAS VIOLENCIAS SOCIALES

Alfredo Nateras Domínguez

Planteamiento

Preguntarse hoy por las ciencias sociales, humanísticas y culturales, como lugares de análisis y comprensión, en este siglo XXI, especialmente violento, desbordante, confuso y convulsionado –independientemente de las narrativas y los discursos disciplinares de enunciación a los que se pertenezca– conlleva necesariamente tener que reflexionar qué hacer, tanto en lo que corresponde a los andamiajes teórico-teoréticos, así como en lo referente a los dispositivos y las estrategias metodológicas-técnicas utilizadas, armadas y diseñadas en su amplitud en el siglo XX. Parece ser que estamos atrapados en los preceptos de la modernidad *tardía* –que aún habilitan la inmersión y la interpretación, en el todo social complejo (Morin, 1990), aunque cada vez más, con serias dificultades y varios predicamentos–.

Para ir desmontando tal atrapamiento, quizás valdría evocar y parafrasear al psicoanalista, psiquiatra y filósofo francés, Jacques Lacan¹ (1901-1981) quien postulaba, por una parte, el *retorno a*

¹Para más información acerca de los postulados, se puede consultar: *El psicoanálisis del lenguaje y del imaginario* de Jacques Lacan (2017) y *Lacan* de Anika Rifflete-Lemarire (1981).



Freud, es decir, volver a leerlo a la luz del avance de las ciencias sociales, humanísticas y culturales; por ejemplo, en su momento, desde el estructuralismo de Claude Lévi-Strauss o a partir de la lingüística y la antropología estructural. Por la otra, *poner a prueba/poner a trabajar* los presupuestos teóricos, las categorías y las dimensiones de análisis –junto con los autores correspondientes– frente a los nuevos contextos –sociales, culturales, económicos, políticos e históricos– a fin de ver la vigencia, la pertinencia, la potencia de explicación y de comprensión de esos referentes o corrientes teórico-metodológicas, frente a esas realidades sociales complejas; estrategia para alejarse de los *dogmatismos*, de los conocimientos y saberes cristalizados o estancados, fijos e inamovibles. Y, quizás, es necesario también utilizar las estrategias y los dispositivos desconstruccionistas –armar y desarmar, constantemente, esos conocimientos y esos saberes–.²

En gran medida, las realidades socioculturales que se están viviendo y sintiendo, particularmente en América Latina, son muy complejas (Morin, 1990) y, algunas demasiado dolorosas a nivel de lo social,³ que conllevan ciertas emociones, afectividades y estados de ánimo individuales como colectivos, ya sean de tristeza, melancolía, de desesperanza, indignación, rabia, enojo o miedo ante la inmigración y la migración forzada; el aniquilamiento de las *pandillas* transnacionales; o la constante violación a los derechos humanos; la homofobia; las desapariciones, también forzadas; la violencia de género –el *feminicidio*–; la pobreza extrema; la corrupción e impunidad galopante; el horror y la brutalidad del

²Para el psicólogo social español Tomás Ibáñez (1994), la patrona de la disciplina desde un dispositivo desconstruccionista es *Penélope*; ya que deshacía/destejía en la noche, lo que tejía en el día, es decir, construir y desconstruir.

³Con respecto al interesante concepto del dolor social, consultar el trabajo de Salvador Arciga y Octavio Nateras (2002). Los autores sostienen que la teoría del dolor social está inserta dentro de la psicología colectiva. Dicha teoría, en términos amplios, alude al dolor de una época que a todos afecta –aunque diríamos, de manera diferenciada– y configura el tono y el matiz del ánimo colectivo.

crimen organizado; el descrédito de los partidos políticos –con todo y sus políticos–; los asesinatos –especialmente de periodistas, líderes o activistas sociales y de derechos humanos–; las ejecuciones extrajudiciales; o el juvenicidio (Valenzuela, 2012, 2015).

En este sentido, a la luz de tales problemáticas –sólo por mencionar éstas– tendríamos más interrogantes, tensiones y conflictos, desde lo teórico-metodológico, que posibles respuestas y casi ninguna certeza. Por lo que el anclaje, o la centralidad de este ensayo, será desde el lugar de quien investiga o interviene en los registros de lo real como en lo simbólico, en lo correspondiente a las violencias sociales –a los conflictos y a las tensiones colectivas– en el entendido de que la academia de la indagación, es en sí misma, una intervención de lo real complejo.

Ese anclaje o centralidad, a partir del sujeto que investiga e interviene siguiendo a Vasilachis (2006), conlleva a situarse desde una epistemología del sujeto que conoce, articulada con una epistemología del sujeto conocido, en tanto relación social/relación dialógica de sujeto a sujeto. Tal vínculo intersubjetivo se entretejerá, en función de las siguientes preguntas que le darán los tonos, los ritmos y las tesituras a la estructura de exposición de este texto: *a)* ¿Cuál es el sitio de enunciación teórico-metodológico del sujeto que investiga? *b)* ¿Cuál es su posición política? *c)* ¿Para qué investigamos lo que investigamos e intervenimos lo que intervenimos? *d)* ¿Cómo objetivar la parte subjetiva de quien investiga y cómo sería su manejo teórico-metodológico? *e)* ¿Cuál sería la utilidad social de lo que investigamos y, por consiguiente, de lo que intervenimos? *f)* ¿Qué hacemos con eso de lo que investigamos y de lo que intervenimos? *g)* ¿Cuáles serían los aspectos a considerar con respecto a la *ética* cuando nuestros sujetos están en los umbrales, en los límites de la *paralegalidad*⁴ y, además, cargando con una *identidad deteriorada o desacreditada*? (Goffman, 1993).

⁴La *paralegalidad* se concibe como un registro colateral de la legalidad con sus propios códigos, normas y lógicas de *verdad* como, por ejemplo, el comercio informal.

Acerca del posicionamiento

Lakoff y Johnson (1980), sostienen que a través de las metáforas que empleamos en la vida cotidiana podemos pensar y sentir la realidad social. En este tenor, se ha construido una a fin de reflexionar las violencias sociales, denominada *el mercado y el festival de las violencias*, con la idea de dar cuenta –decir una cosa para dar a entender otra– de algunas de sus características: el estallamiento, el desborde, lo grotesco, lo burdo, lo absurdo, el horror o lo siniestro,⁵ así como de los distintos protagonistas o actores sociales que están ejerciéndola y llevando a cabo, nombrados por Tilly (2003) *profesionales de las violencias*, que podemos reconocer y ubicar con claridad como delincuentes comunes, sicarios, narcotraficantes, policías, militares, paramilitares, mercenarios, escuadrones de la muerte, agrupamientos de limpieza social y fuerzas especiales o de élite.

En este sentido, el investigador o investigadora que se enfrenta al escenario de *el mercado y el festival de las violencias* y a las estéticas de lo siniestro (Freud, 1978), por ejemplo, quienes están trabajando en la reconstrucción de historias de vida de *sicarios*,⁶ o desde los estudios de caso de los *dealers* –vendedores de drogas al menudeo–, o aquellos o aquellas que abordan el asunto del feminicidio, tendrían que preguntarse, por lo menos, lo siguiente: a) ¿Cuál es el lugar de su enunciación, a nivel teórico-metodológico? –epistemología del sujeto cognoscente– b) ¿Cuál sería su posicionamiento político como sujetos

⁵Para Freud (1978), lo siniestro tiene que ver, en términos generales, con una estética de lo angustiante, lo espantable, lo espeluznante, e incluso, lo demoníaco.

⁶Existe una amplia literatura en América Latina de colegas y periodistas al respecto, por ejemplo, pueden consultarse algunos de los siguientes trabajos: *No nacimos pa'semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín* de Salazar (2002); *La Virgen de los sicarios* de Vallejo (1994); *Balas por encargo. Vida y muerte de los sicarios en Colombia* de Álvarez (2013); y *Sicariato juvenil en Juárez, narrativas en crisis* de Chacón (2016).

que investigan a los sujetos de la indagación? –epistemología del sujeto conocido–(Haraway, 1991; Vasilachis, 2006).

Esto conlleva a reconocer que como académicos, investigadores o etnógrafos tenemos ciertas adscripciones, *abrochamientos* o afiliaciones teórico-metodológicos, con respecto a determinados enfoques y corrientes de pensamientos, así como a ciertos autores, intelectuales o librepensadores, que influirán y marcarán, sin duda alguna, la manera en que definamos nuestra temática y la particular construcción de nuestros sujetos y de nuestro objeto de estudio; en otras palabras, implica contar con una concepción *ontológica* –la concepción de la naturaleza de la realidad social–; una postura *epistemológica/epistémica* –el tipo de vínculo del investigador con respecto a lo estudiado–; lo *axiológico* –los valores de quien investiga– y lo *metodológico* –implica el proceso de investigación– (Vasilachis, 2006). Por lo que, derivado de lo anterior, no existe una posición neutra, aséptica y pulcra del investigador, ya que ese lugar de la enunciación o del posicionamiento –sea cual sea éste– deriva inevitablemente en un elemento/cualidad –a nivel de lo político– en el tipo de relación social que se establezca con el sujeto conocido.

Esto es de vital importancia, ya que implica tener que situarse, en primera instancia, en el entramado de la relación social –la *intersubjetividad*– que se vaya estableciendo y construyendo, entre el sujeto que investiga con respecto a los sujetos de la indagación, es decir, de la epistemología del sujeto cognoscente a la epistemología del sujeto conocido (Vasilachis, 2006). Esto es importante e interesante, ya que conlleva la idea del establecimiento de un vínculo de sujeto a sujeto, lo que marcará en gran medida tanto una relación horizontal y un anclaje al contexto –económico, político, cultural, social– como a los sujetos situados en esos contextos; los cuales hay que entenderlos no como principios estructurales/deterministas sino como claves hermenéuticas/interpretativas, que facilitarán de la mejor manera posible, la comprensión de las realidades socioculturales complejas (Morin, 1990), de las que se trate y de las que haya lugar.

Este aspecto de situarse en ese entramado de la *intersubjetividad* orillará al investigador, en algún momento, a tener que reflexionar, reflexionándose –la autorreflexividad– lo siguiente: ¿Por qué investigo lo que investigo y no otra cuestión? ¿Por qué intervengo lo que intervengo y no otro asunto? ¿Qué tiene que ver lo que hago con respecto a mi género, mi clase social, mi nacionalidad y al lugar geográfico o a la etnicidad a la que pertenezco? ¿Qué hay con mi *yo individual* (lo personal) y mi *yo social* (lo colectivo) en la relación social –la *intersubjetividad*– con el sujeto conocido?

Esto, invariablemente, lleva a apuntar, de nueva cuenta y más definido, a la parte subjetiva del investigador o de quien interviene determinada realidad, en el proceso de la reconstrucción de la subjetividad social de las y los otros; o como refería Clifford Geertz (1994), desde la doble hermenéutica: reconstruir o interpretar la interpretación que da el otro a su mundo social, a su mundo fenoménico (Schütz, 1993); más que nada, o sobre todo, ¿cómo manejar la subjetividad? Tanto desde las coordenadas de su reflexión –la autorreflexividad– como a su uso teórico-metodológico, en la prosa o la narrativa que se esté construyendo, o del texto que se ande escribiendo, o la tesis que se está por concluir.

Entre otras cuestiones, George Devereaux (1977) afirmaba que el dato, o la parte más importante de la investigación, es precisamente el investigador (actualmente esta idea puede ser discutida desde una postura epistemológica). Por su parte, desde los planteamientos de la teoría antropológica de la reflexividad, Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant (1995) se preguntaban cómo objetivar la parte subjetiva del sociólogo, el etnógrafo o el investigador. De igual manera, hay un debate en torno a los límites de la reflexividad/autorreflexividad. El gran epistemólogo Gastón Bachelard (1982) refería acerca de la vigilancia epistemológica que debería guardar siempre todo hombre de ciencia en sus ideas acerca de *la formación del espíritu científico*. Y Tomás Ibáñez (1994), desde la psicología social –como

ya se había comentado líneas atrás–, propone la metáfora de *Penélope*, como la patrona de la disciplina, en el entendido de que el psicólogo social tendría que tejer determinado tipo de conocimiento y saber para luego destejerlo –construir y deconstruir– interminablemente, es decir, considera a la psicología social como un dispositivo deconstruccionista.

En este tenor, no dudaría en señalar que hasta ahora todo lo aquí planteado cobra una gran relevancia y trascendencia, a partir del gran auge y la amplia presencia de las estrategias teórico-metodológicas de la investigación cualitativa, interpretativa o comprensiva (García y Manzano, 2010), que una gran parte de las disciplinas sociales, humanistas y culturales están empleando –dado el agotamiento y el retroceso de la metodología cuantitativa de corte experimental y de pensamiento positivista– en virtud de que la tendencia es claramente apuntar a reconstruir las subjetividades sociales de los sujetos conocidos desde una relación social horizontal, dialógica y colaborativa con *los otros*. Se trata también de reconstruir los sentidos, los significados, la significación o las representaciones sociales (Moscovici, 1979; Jodelet, 1986) –pensamiento construido en común o colectivo– que las personas edifican y otorgan a su mundo social o fenoménico (Schütz, 1993), en colaboración entre el sujeto que conoce con los actores conocidos.

En términos de los planteamientos vertidos de manera general con respecto a la idea del quehacer u oficio del sociólogo (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1987) y, por extensión y amplitud, del psicólogo social, del antropólogo, del historiador de ciencia política o simplemente del científico social (Bourdieu, 2003); aunado a una visión instrumental, práctica, o de procedimiento teórico-metodológico-técnico, se sugiere a los investigadores: vaya a donde está el actor; vaya a donde está la gente; reconstruya su punto de vista, los sentidos y los significados que le otorga a su realidad, a su vida cotidiana (Taylor y Bogdan, 1992).

Para esto, se apoya utilizando todo un arsenal de técnicas, instrumentos y herramientas para la construcción del dato o



Alfredo Nateras Domínguez

la edificación de la evidencia empírica, a saber: etnografía unisituada o multisituada (Marcus, 2001); observación directa o indirecta; diarios de campo; entrevistas en profundidad; historias de vida; análisis de conversaciones; estudios de caso; análisis de datos personales; grupos focales; grupos de reflexión o de discusión; mapas mentales; fotografías, videos o films. Aquí, el valor a destacar es que estamos ante situaciones o contextos *naturales*, es decir, donde se construyen y se tejen las vidas cotidianas de los actores sociales sin desatender el matiz en el aspecto epistemológico, en otras palabras, la cualidad de cómo se va con la gente/el sujeto y, más que nada, resaltar el tipo de relación intersubjetiva construida.

Es claro, que a través del andamiaje teórico-metodológico-instrumental que se haya edificado –desde la academia, la investigación y la intervención– lo que hacemos en primera instancia es construir determinado tipo de saberes y de conocimientos, junto con nuestros sujetos conocidos de una forma colaborativa, que posiblemente nos ayudarán a entender y comprender de mejor manera, cómo se producen y reproducen los sujetos o los actores sociales, en el complejo entramado socio-cultural que nos haya interesado indagar y, así incidir, de una manera concreta, en esa realidad social, sea cual sea ésta.

Lo ideal o la aspiración, de una parte de las academias, es que en algún momento esos conocimientos y saberes edificados con nuestros colaboradores impacten en la hechura de las políticas públicas, aunque hay que decirlo y reconocer que eso depende no de la cualidad o la calidad de la investigación o la intervención correspondiente sino de la voluntad política de los funcionarios en turno que, en su mayoría, son unos analfabetos funcionales con cargos y poder de decisión. Y, a veces, su moral privada, pretenden hacerla política o convertirla en programas públicos, situación totalmente inaceptable. Incluso, mediante supuestas posturas inclusivas y, al momento de conocer los respectivos materiales culturales solicitados, como por ejemplo libros, tienden a censurarlos y controlarlos.



Por consiguiente, se podría preguntar lo siguiente: ¿qué utilidad social tendría la indagación o la intervención que hemos llevado a cabo? y ¿qué hacemos con eso de lo que hemos investigado? Hay que construir una heterogeneidad y diversidad de narrativas, discursos y argumentos teóricos subalternos, lo suficientemente sólidos y robustos y con solvencia etnográfica o empírica, que entren en el interjuego de la disputa en la creación de sentidos y de significados, con respecto o en relación, a las narrativas y los discursos hegemónicos/dominantes del decir y del nombrar, cuando se dice, o se nombra, por ejemplo, a través de los medios masivos de comunicación –ya sean escritos (periódicos, revistas) o electrónicos (radio, televisión)– incluyendo ahora a las tecnologías de la información y de la comunicación (TIC), las redes sociales pues; acerca de las violencias, el *feminicidio*, el uso social de drogas, el aborto, los tatuajes, o alguna adscripción identitaria juvenil *deteriorada* o *desacreditada* (Goffman,1993). Por lo común, tales discursos están plagados de prejuicios, estigmas y estereotipos.

En lo que atañe propiamente a la investigación-intervención,⁷ de esas realidades socioculturales complejas, duras y dolorosas, por ejemplo, cuando se está trabajando en los albergues o en la casa de migrantes; con los familiares de las desapariciones forzadas; en los espacios del encierro con los *privados de libertad*; con las pandillas transnacionales –cholos, maras y *barrio 18*–; o con minorías sexuales –LBGTI–; lo que hace el investigador, entre otras consideraciones, es acompañar los procesos que ahí están dándose y, quizás, facilitar la gestión o la agencia de esos actores y sujetos sociales, para que sean ellos

⁷Parafraseando al psicólogo social Kurt Lewin: No hay nada más práctico que una buena teoría (1976), lo cual implica que no hay tal disociación entre la teoría y la práctica, es decir, cuando se interviene la realidad, siempre se hace desde determinados dispositivos teórico-metodológicos; y, a su vez, a partir de la realidad/la evidencia empírica se construye teoría. Actualmente, este principio es uno de los presupuestos claves de la teoría fundamentada.



Alfredo Nateras Domínguez

quienes resuelvan sus conflictos y problemáticas socioculturales y afectivas, si fuera el caso.

En estas circunstancias, un aspecto un tanto olvidado en las coordenadas y el eje de la investigación-intervención, de lo real complejo, es el asunto de la sinceridad/la franqueza; la *ética* que debe guardar el investigador o quien interviene, en varios niveles o planos de análisis y de consideración (la sinceridad/la franqueza; la confianza; la sensibilidad social o teórica; el respeto; el cuidado del sujeto *conocido*, en el entramado de la relación intersubjetiva que se construye con respecto a sus actores sociales y a los contextos de tales sujetos conocidos).

A mi entender, el núcleo o la matriz más importante de significación, en relación con la *ética*, es la sinceridad/la franqueza, así como el tipo o la cualidad del vínculo o la relación social y afectiva que se vaya estableciendo con el *otro conocido*. Esto implica de inicio no mentir con respecto a la identidad profesional que se tenga como investigador, ni tampoco en lo que atañe a los objetivos y la finalidad de la indagación o la intervención como tal; ya que, incluso, éstos tendrían que negociarse y convenirse con los sujetos a conocer. Recordar, que hay otros actores sociales en el campo temático, que también están investigando, o interviniendo, lo cual quiere decir que nos jugamos constantemente, a partir de la creación de nuestra propia presencia (Díaz, 2002), ante, por ejemplo: los ministros de culto o la pastoral urbana; empleados del gobierno y de varias instituciones; miembros de las organizaciones civiles –nacionales o internacionales–; otros académicos; periodistas y reporteros –que, por cierto, son los más desprestigiados por descontextualizar y ser *amarillistas*–; los cuerpos de seguridad del Estado, que tratan de infiltrar a determinados agrupamientos o adscripciones identitarias juveniles, como pueden ser la Mara Salvatrucha (MS-13) o la pandilla del Barrio 18 (B-18). Recordar, también, que fue muy común –y todavía quedan resabios– que desde los dispositivos cuantitativos/experimentales de laboratorio y del positivismo lógico, los investigadores



eran, o son *encubiertos*, es decir, no se decía la verdad de la estrategia de investigación utilizada y se mentía bajo la fantasía, o el imaginario de alcanzar la pretendida neutralidad y objetividad a ultranza, costara lo que costara, hasta la ética.

Ligado con lo anterior, está la confianza, que no se da por hecha, sino que va haciéndose en el camino de la trama de la investigación y la intervención sociocultural. Se sustenta en el compromiso de la *palabra dada*, es decir, de respetar y llevar a cabo los acuerdos contraídos entre las partes como, por ejemplo: devolver algo a los sujetos o actores de la investigación o de la comunidad –si así fuese el caso–; entregar el material fotográfico; el impreso de las entrevistas en profundidad que se hayan realizado; el reporte de investigación; el artículo o libro que de ahí emane; o no escribir o publicar lo que los actores o sujetos hayan solicitado o pedido no difundir, a cambio de otorgar la entrevista y colaborar en la información correspondiente.

Esto es clave y sustancial, ya que la persona que investiga debe reconocer que hay fronteras inquebrantables e infranqueables a riesgo de su propia seguridad física y emocional, que tendrían que alejar o descentrar de los protagonismos o, más aún, de la omnipotencia que por lo común están siempre presentes en el imaginario de una parte de los investigadores que intervienen determinadas realidades socioculturales complejas.

Otro aspecto a considerar, no menor, es la sensibilidad social o la sensibilidad teórica del investigador (Glaser, citado en García y Manzano, 2010),⁸ o de quien interviene, en relación con los contextos –económicos, políticos, sociales y culturales– y de los actores y los sujetos situados o anclados a esos contextos. Esto no implica la consabida enunciación recurrente, como lugar común y vacía de sentido, de *ser empáticos/ponerse en el lugar del otro*; ya que es un deseo inviable, en el entendido de que aunque se com-

⁸A partir de los principios de la teoría fundamentada, la idea central estriba en que el investigador requiere tener determinadas habilidades para llevar a cabo una investigación cualitativa, entre ellas: análisis crítico de las situaciones y pensamiento abstracto.

parta una situación similar, por ejemplo, la pobreza o la pérdida de un ser querido, la representación social (Moscovici, 1979; Jodelet, 1986) o la vivencia de esa experiencia es individual/personal, por lo que no sería idéntica, a la de las otras personas y actores. Un aspecto es conmoverse, no ser indiferente o ajeno al sufrimiento de los demás como investigadores, por ejemplo: al dolor insoportable de una madre o un padre por la desaparición forzosa de su joven hija; otro, es imaginar que desde la *empatía* uno va a sentir lo mismo que el otro o que los demás.

También es importante el respeto que uno brinde, tanto al contexto en el que se esté, como a los sujetos y a los actores sociales de los que se trate, en esa situación específica; ya sea de pobreza extrema –las *favelas*, por ejemplo–; caminando los barrios más álgidos o rudos en Ciudad de México; o contactando con los personajes más emblemáticos o protagonistas en el ejercicio de las violencias de muerte –los sicarios colombianos–. Tal respeto se juega a partir de no pretender *imitar*, o tratar de *copiar*, el uso que hacen del lenguaje y de las maneras particulares de expresión de la localidad, o de los sujetos con quienes se está interactuando, es decir, de intentar hablar igual que ellos, incluyendo el tono, los matices del habla y las inflexiones de voz. Aunado a lo anterior, está lo relacionado con la estética corporal y la vestimenta, que simplificando la realidad social, una parte de los discursos y de las narrativas emanadas principalmente de las estrategias de intervención –la investigación acción-participante y el trabajo social– sugiere *vestirse* como el actor a investigar y a conocer; llevar los atuendos similares a la comunidad con la que se está interviniendo, en el imaginario académico de ser aceptados o de ser iguales a ellos, aspectos totalmente descolocados y falaces, ya que por lo común, los sujetos, el barrio y la comunidad, lo consideran, lo viven y lo sienten como un agravio.

De igual manera, lo relacionado con proteger a nuestros informantes, colaboradores, sujetos de la investigación y la intervención o al sujeto conocido cobra gran trascendencia,

sobre todo cuando estamos trabajando en escenarios y con actores al límite, al borde y en los umbrales de la paralegalidad (Valenzuela, Nateras y Reguillo, 2007); o también con todas aquellas identidades deterioradas o identidades desacreditadas (Goffman, 1993). Proponemos entonces, hablar de un dispositivo y de una estrategia que bien podríamos denominar como antropología, sociología o psicología social del anonimato, incluyendo lo relacionado a la construcción de la evidencia empírica de los datos, ya sean orales, escritos o iconográficos (imagen fija/fotografías e imagen móvil/video y films).

De inicio, habría que dialogar y negociar con los actores y los sujetos sociales correspondientes, a fin de llegar a acuerdos –en el tiempo y en el momento del tratamiento de la información– en el sentido de quedar claro: ¿cómo se resolvería la coautoría de los conocimientos o los saberes producidos colectivamente? ¿Qué sería lo que sí se escribe y lo que se podría publicar y lo que no?, incluyendo el asunto de las iconografías. Por lo común, no se ponen los nombres y apellidos verdaderos; ni datos de lugares o sitios que ubiquen la residencia o el hábitat de las personas; tampoco fechas o días precisos. Y en cuanto a las imágenes, principalmente se obvian los rostros de los sujetos, así como los espacios públicos, fáciles de reconocer.

En contextos y situaciones donde nuestros informantes-colaboradores o sujetos de la investigación y la intervención estén siendo perseguidos o exterminados, o tratando de ser infiltrados por los cuerpos de seguridad del Estado, por ejemplo, los integrantes de la Mara Salvatrucha (MS-13), la pandilla del Barrio 18 (B-18), la Mara Mao, la Mara Máquina –en El Salvador, Honduras y Guatemala– (Nateras, 2015) o exintegrantes de la guerrilla –como en Colombia–, el manejo y la protección de la información oral e iconográfica, que se vaya levantando, es de vital importancia tanto para nuestros informantes, colaboradores o sujetos conocidos como para los propios investigadores.

Actualmente, se utilizan tecnologías digitales, ya sean grabadoras, cámaras fotográficas o de video, celulares, tabletas o

cualquier otro dispositivo, donde se va almacenando la información con respecto al trabajo de campo y la investigación o intervención correspondiente. Por lo común, traemos las grabaciones de todas las entrevistas en profundidad, las sesiones de los grupos focales o el cúmulo de fotografías –si fuera el caso– y nos vamos desplazando de barrio en barrio, de comunidad en comunidad, de una región a otra o, incluso, pasamos fronteras –vía terrestre– de un país a otro, a lo largo de nuestro quehacer de la investigación. Por lo anterior, y máxime si se está trabajando con lo que se ha denominado sujetos y actores en los *límites*, en los *bordes* y en los *umbrales* de la paralegalidad –sicarios, secuestradores, narcotraficantes– o de ciertas identidades deterioradas o desacreditadas –cholos, *latin kings*, pandillas transnacionales– se pone en serio peligro y altísimo riesgo a todos los informantes o colaboradores, si nuestros dispositivos son revisados por los cuerpos de seguridad del Estado, o por todos aquellos sujetos denominados como *los profesionales de las violencias* (Tilly, 2003). En este sentido, es de vital importancia ir descargando toda esa información conforme se vaya levantando –día tras día– en otro dispositivo, es decir, transmitirla a otros artefactos vía Internet, de tal manera que si intervienen o desaparecen nuestros equipos, difícilmente encontrarán algo que sea utilizado en contra de nuestros informantes o colaboradores. Incluso, en situaciones extremas, una vez terminadas las entrevistas correspondientes o el levantamiento fotográfico en los barrios *densos* y *peligrosos* se podrían quitar los *chips* de los equipos, como grabadoras y cámaras fotográficas.

Por otra parte, hay que tener claro que en algunos contextos, circunstancias y en relación con determinados sujetos y actores sociales con los que se esté trabajando, el investigador no está exento de correr determinados riesgos. Por lo que es necesario establecer una serie de protocolos de seguridad para los que investigan e intervienen en esas situaciones sociales complejas. Desde cuestiones elementales como avisar siempre a alguien de la actividad que se va a llevar a cabo o lo que se va a

hacer, por ejemplo, caminar el barrio o establecerse un vínculo y contacto; hasta ir acompañado; evitar salir tarde del lugar o de la comunidad de la que se trate; traer un celular con crédito y batería; llevar una identificación institucional o personal e, incluso, copia del pasaporte; no ser ostentoso en la forma de vestir; portar con discreción el equipo a utilizar; y llevar algo de dinero para cualquier eventualidad.

Aunado a lo anterior, y apuntando a atender la parte de reflexión teórica-metodológica y la subjetiva del que interviene, o de quienes estén realizando la investigación en la relación social que se establece con los sujetos conocidos, así como de ir ventilando las emociones y las afectividades que el propio trabajo de campo pueda despertar, se requiere diseñar y utilizar un *dispositivo teórico-metodológico de contención*, que bien podrían ser grupos de discusión o de reflexión.⁹ Este dispositivo –coordinado por un académico, o asesor, o director de la investigación/intervención– tendría la finalidad de ir acompañando ese proceso en el momento mismo en el que se está investigando/interviniendo determinada realidad sociocultural compleja y, a su vez, sirve también para plantear las dificultades que hubiese, las dudas, los posibles problemas y conflictos, así como los estados de ánimo del equipo de trabajo.

A manera de cierre

A partir de la metáfora que se ha construido: *el mercado y el festival de las violencias*, de referir acerca de las identidades

⁹Hay que reconocer que, en términos generales, en las ciencias sociales y las humanidades se carece de este tipo de dispositivos, no así en las ciencias médicas y en la salud mental, donde los médicos se reúnen para discutir los casos clínicos de sus pacientes, a fin de tomar decisiones colectivas en cuanto al proceder; en los ámbitos de la psiquiatría y la terapia psicológica, el mecanismo que se emplea es el de la *supervisión*, es decir, cada terapeuta expone sus casos ante un supervisor, a fin de que le ayude y pueda ver cosas teórico-metodológicas-afectivas ante su paciente que de otra manera no podría conocer.

deterioradas o desacreditadas (Goffman,1993), de situar a determinados sujetos/actores sociales en los umbrales, en los límites y en los bordes, o en coordenadas de la paralegalidad (Valenzuela, Nateras, Reguillo, 2007), es importante *repolitizar la parte política* de tales contextos, a partir de los cuales se configuran las situaciones y los actores/los sujetos, en el entramado de las tensiones, los conflictos y las violencias sociales y, en particular, las de muerte. Preguntarse por cómo se produce/se construye la desigualdad social; las inequidades de género; la miseria/la pobreza; la marginación y los sujetos *olvidados* de siempre es clave y fundamental para todos aquellos que investigan e intervienen las realidades socioculturales complejas. Así mismo, hay que replantear la relación social que se construye desde una epistemología del sujeto cognoscente hacia una epistemología del sujeto conocido (Vasilachis, 2006), en tanto que ya no se trata de *conocer al otro*, sino de *conocer con el otro*, lo cual implica un tipo de vínculo que privilegie una relación horizontal, dialógica y colaborativa en la construcción mutua del conocimiento sociocultural.

Referencias

- Álvarez, J. (2013). *Balas por encargo. Vida y muerte de los sicarios en Colombia*. México: Rey Naranjo.
- Arciga, S. y Nateras, O. (2002). El dolor social. *Psic. Soc. Revista Internacional de Psicología Social*, 1(1), 83-91.
- Bachelard, G. (1982). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (1987). *El oficio del sociólogo*. México: Siglo XXI.

- Chacón, A. (2016). Sicariato juvenil en Juárez, narrativas en crisis. En Nateras, A. (Coord.), *Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas. Tomo I. Violencias y aniquilamiento* (pp. 171-198). México: Gedisa/UAM-Iztapalapa.
- Devereux, G. (1977). *De la ansiedad al método en las ciencias sociales de comportamiento*. México: Siglo XXI.
- Díaz, R. (2002). La creación de la presencia. Simbolismo performance en grupos juveniles. En A. Nateras (Coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas* (pp. 19-41). México: Miguel Ángel Porrúa/UAM-Iztapalapa.
- Freud, S. (1978). *Lo siniestro*. México: Letracierta.
- García, E. y Manzano, J. (2010). Procedimientos metodológicos básicos y habilidades del investigador en el contexto de la teoría fundamentada. *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades. Aproximaciones cualitativas a problemas sociales*, (69), 17-39.
- Geertz, C. (1994). *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.
- Goffman, E. (1993). *Estigma. La identidad deteriorada*. Argentina: Amorrortu Editores.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. México: UDG.
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En Moscovici, S., *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y Problemas sociales* (pp. 469-494). Buenos Aires: Paidós.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1980). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: University of Chicago.
- Lewin, K. (1976). La teoría del campo en psicología social. En M. Deutsch y R. M. Krauss, *Teorías en psicología social* (pp. 44-78). Buenos Aires: Paidós.
- Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 11-127.

- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Editorial Huemul.
- Nateras, A. (2015). *Vivo por mi madre y muero por mi barrio. Significados de la violencia y la muerte en el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha*. México: Tirant lo Blanch/UAM-Iztapalapa.
- Salazar, A. (2002). *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*. Colombia: Planeta.
- Schütz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós.
- Taylor, S. J. y Bodgan, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Tilly, C. (2003). *The Politics of Collective Violence*. Inglaterra: Cambridge University Press.
- Vallejo, F. (1994). *La Virgen de los sicarios*. México: Alfaguara.
- Valenzuela, J. (2012). *Sed de mal. Femicidio, jóvenes y exclusión social*. México: El Colef/UANL.
- Valenzuela, J. (Coord.). (2015). *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. Barcelona/Guadalajara/Tijuana: Ned Ediciones/ITESO/El Colef.
- Valenzuela, J., Nateras, A. y Reguillo, R. (Coords.). (2007). *Las maras. Identidades juveniles al límite*. México: UAM-Iztapalapa/Juan Pablos Editor/El Colef.
- Vasilachis, I. (2006). La investigación cualitativa. En I. Vasilachis, (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 23-64). Barcelona: Gedisa.